



INTRUSO EN EL INFIERNO

Pilar Cerdas

INTRUSO EN EL INFIERNO



Primera edición: noviembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pilar Cerdas

ISBN: 978-84-18544-18-7

ISBN digital: 978-84-18544-19-4

Depósito legal: M-28378-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis dos ángeles en la tierra:
Mi madre Margarita y mi hija Desirée.*

27:3 Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón. Aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado.

*27: 5 Porque Él me esconderá en su tabernáculo en el día del mal. Me ocultará en lo reservado de su morada.
Sobre una roca me pondrá en alto.*

SALMO 27

Y si logras cincelar el mismo infierno en tus pupilas, solo queda interpretar la ejecución de los espejos con cierta dignidad mórbida, como yo. Yo, filósofa, viajera, forzando el globo de mis ojos para ver mejor los labios de una tipa sin instintos de conservación, sin códigos o entrañas para extirpar la corpulenta vena que conduce nuevamente a ella. A esa que conversa en el espejo, duplicando su secreto en un lenguaje a media voz, a medio rumbo. La raíz. La que habita entre espirales de supervivencia, la que nunca ha sido ella, doblemente ella y sin dobleces; esa ella inventariando mis recuerdos en su zona hipersensible.

Confesión: Supe que fui enterrada en vida cuando el tipo con tatuajes sin clemencia me dio la bienvenida al doceavo calabozo.

Cada trillo tiene un brote conocido bajo tierra como urgencias superiores y residuos inferiores. Existen escaleras y agujeros con su lóbrega sentencia que germina impiamente bajo el suelo de los vivos. Y también hay más honduras donde nunca hay pausas, ni escondites ni bonanzas; donde solo quedan gritos que nacen y renacen junto a huesos y desfloraciones, como la mía. Pero ella simplemente era una niña. Primitiva. Luciérnaga. Astro bautizado en resquemor. Todo fuego siempre empieza siendo luz. Una luz que no era yo.

Debo recortar cada fragmento con cuidado, mientras entro en los trigales donde siempre caigo y me hundo para estar con ella.

¿Y si fuera un animal, organismo reencarnado en mí? Yo íntegra y tan poco convincente, sin adulterar; entre cruces con memoria de quinientos paquidermos. No, fatal. Si alguien quiere preguntarme algo, por favor, debería hacerlo ahora. ¡Ahora!, mientras brindo por tan leal resurrección: la mía. Resucitar es un gran verbo que atrae mil preguntas. Yo tengo cien. ¿Dónde estuve ayer o estaré hoy, mañana? ¿Tejiendo crucifijos? Supongo que nadie que se

haga esas preguntas resolvería cortarse cada uña con sus propios dientes.

¿Y tú, te gustaría acompañarme? ¿O serás otra caricatura consagrada al mar? Inútil holograma evadiendo mis triviales laberintos.

¿Quién encontrará al culpable? Para sentenciadas, yo. Don juez golpea un mazo con la velocidad de un torbellino. ¡Ojo! No hay peor juez que nosotros mismos.

Terminé de sentenciar mis días cuando el tal Henry me dijo en el oído que al final del agujero me presentaría a la muerte. Una mano me arañaba el cuerpo, pero a mis labios testarudos no les dio la gana mendigar. Ni trampas ni rebaños de castigos lograron derribarme. Pero ese nítido segundo dio a luz mi oscuridad.

¡Oigan! ¿Lo escuchan? Diástoles y sístoles se toman de la mano y cabalgan como potros desbocados para hundir mi confesión.

Los latidos del martirio todavía están sonando. ¡Corran! Somos muchos. Ellos más. Ala contra ala. Abran paso. La pólvora es solo un ensayo hacia la penitencia. Estoy sola. Que traigan a Sansón para enfrentar este maldito averno.

Mientras yo intentaba enterrar los restos de una Sonia pestilente a fiebre fría, los disparos me alertaron del ataque que hurtaría mi identidad soberbiamente. Hubiera dado un ojo y ocho dientes por haber resuelto el ajedrez a tiempo. La desgracia tocaba sus tambores mientras mi oído fue a enroscarse en las canciones que ponían en la radio, incapaz de comprender tanta condena.

Tal vez no sea tan malo si se tiene en cuenta que mis cicatrices ya no intentan descoserse. ¡Fatal! En mala hora me acordé de Sonia. ¿Qué clase de esclavitud es esa? La dejaré caer gota por gota. Total, el destino cumplirá su parte y gritará a los cuatro vientos que mis días son solo fosas reencarnadas en espejos grises.

¿Te gusta cómo estoy contando, loca? Brindaré por nuestro gran fracaso. ¿Negarías haberte acostumbrado a mis reniegos? ¿A buscar absolución en mis derrotas? ¡Ey, Sonia! ¿Estás aquí? No te oigo. ¿Acaso ya ese fuego te comió la lengua? Oye, y escucha bien porque no es broma. De haber podido protegerte con mi sádica

coraza, lo habría hecho y jamás, jamás te habríamos perdido. ¡Auxilio! Se apagaron mis reflejos. A veces veo manzanas con especies que vomitan sus plegarias sobre el desayuno. Limpio los residuos de la mesa y veo panes malheridos e inscripciones sin sellar.

¿Pecaré si en ocasiones me rocío agua bendita y le permito a esta ventana abrir su olor a sol para exhibir los cuerpos y rostros indecisos de cruzar las calles? Ojos insinuándose sin pena. Me expulsan del edén y el simulacro. Interrumpirán su recorrido para ver mi cara abierta al mundo. ¿Qué hago aquí? Sueño con mi propia selva. Mediodía entre pantanos, bestias y escondrijos de mi indignación.

La noche lo desnuda todo mientras bebo leche para el buen dormir. «¿Buen?». Que me entierren nuevamente en vida si exoneró mis vigiliás.

«Los ángeles también lloran», dijo Sonia cuando regresó de su primera fuga. Su helada obstinación en lo profundo de un despiste donde me instalaba yo mascando chicles. ¿Por qué no le estorbé al brujo en el momento clave? Mas por eso sigo aquí, cerca y lejos del grotesco infierno.

Cuesta tanto completar esta rutina: desayunar o cepillarme cada diente sin que ocurra un sobresalto. El núcleo de las abstracciones. Mi vil glotonería. Una vida de prestado donde nunca hay algo enteramente mío, pero urge vigilar, como leche que mi mano pone al fuego mientras canto bajo el chorro de la ducha. Mi pecera que hay que asear porque se pone fea la cosa. ¡Fatal!

Apesta a encierro y calabozos, al gran reloj distorsionando los sentidos: tic tac, tun, tun... Estoy sobria y repleta de armonías, cerca de la gran revelación. Todavía soy joven. La juventud es una dama en un debut sin despedidas, ángel de hierro deslumbrando en las tinieblas.

A las doce de la noche una gota de miseria ha estallado en mil pedazos para entrar en mi cabeza. ¡Basta! Solo es otro paso hacia el acantilado que me engulle tiernamente. Cazar o ser cazada. Tal vez no. Quizás encuentre al padre de todos mis quebrantos y le diga

a quemarropa: «¡Suéltame! Inclina esta balanza a mi favor». Con tanta oscuridad, la vida es solo un buitre preñado de temblores. ¿Cómo no escalofriarse cuando tu cuerpo atraviesa lo prohibido y arrebatada sus disfraces sin haberse muerto? ¿Qué tal? ¿No será mejor abrir mis puertas, dejar que el alma rueda hasta domar este pantano que se niega a liberar mis días?

Oigo voces y trompetas, acordes virulentos reventando en los berridos del recién nacido. ¡Qué castigo! Conozco su procedencia. Es un lobo sin defensa. Aúlla luego, torpe. Mejor me abrigo. Peor que no tener a nadie, es no tenerse a sí mismo. Y si cuento con mi propio yo, entonces puedo resistir cualquier cosa. Fatal. Abrázame, consuelo. No la puedo detener. Se atasca en mi interior. Ama y señora de mis desventuras. Ahora ríe. Seguramente también se echó a reír cuando la hundieron en el calabozo para arrebatarse lo único que le pertenecía. Oh, Señor. Pensar es casi un lujo que no me puedo dar. Pienso un cuerpo. Escucho su respiración en la mazmorra de mi mente, ¿o será la mía?

Dios sabrá por qué no permitió mi asesinato. ¿Su infinita compasión? Pero mi cara en el espejo parece más un cementerio que un milagro.

Llevo horas atascada en torbellinos. Me quedo sin palabras porque sé que no hay salida. ¡Bun, bun, tun, zas! ¡Preso corazón! Suenas como bombardero esta mañana. Harto estás de sobarle la cabeza a una serpiente. Viernes, siempre viernes. Largos días cuando a veces dejo respirar mi muerte. Hiel entre mi boca al despertar. Ropa y zapatos puestos y dispuestos a salir huyendo, porque él me arrastrará hacia el patíbulo.

«Comen piedras. Porque las flores también tienen sangre, Mily. Y volver. Volver por menos de una hora. Casi medio grito», fue lo último que dijo Sonia cuando nos despedimos con sonrisas de reo en libertad condicional. ¡Torpe! ¿Debí interpretarlo como el crítico pronóstico de su lucidez?

Despejé mis dudas cuando vi a su madrastra contemplar el dormitorio con brutal resignación. Bastaba esa señal para advertir que

mi cita con los sacrificios no concedería aplazamientos. «¡Deja de gritar, imbécil, o te irá peor! Mejor ahorra fuerzas para después, las vas a necesitar», dijo el rey de los tatuajes cuando entré al subterráneo por primera vez.

¿Por qué ir a *Amarantos* el día del desastre? Pudimos haber gastado nuestros míseros ahorros en una verdadera urgencia. Podían no haber quedado entradas disponibles. Pero todo estaba escrito en nuestro diario terrorífico. Veneno mata rata mientras presenciábamos el máximo concierto en esos días.

De no haber ido... hoy sus piernas de espagueti me harían compañía. Su voz ronca se volvería a burlar de mis terribles pies. Maquillaría sus pestañas con betún azul mientras yo le cuento chismes... de no haber ido...

Mes, hora y día señalado. Ahí estábamos las dos sin sospechar el maremoto que nos tragaría en vida, instaladas en nuestro escenario de desgracia.

El ambiente de la disco estaba a todo dar aquella tarde. Tarde y despeinadas llegamos al concierto de Rudy Scott, como siempre, por culpa de Sonia. Fatal. No sé cómo le manifestaba tal paciencia. ¿Y cómo me nació esa calentura por bailar? A mí, la tímida, que a lo sumo me lanzaba a la pista dos o tres veces. ¿Cómo la perdí de vista? En fin. Era la presentación de Scott y Ringo. Muchachita en fiesta mientras que a su tonta amiga la devora un cocodrilo.

Al principio, conociendo a Sonia, supuse que la calentura por el viejo solo era otro chiste repugnante, pero chiste al fin. Es un hecho, cuando más se cree estar seguro de algo, mayores motivos deberían tenerse para desconfiar. Sutil, altanaramente, el mortífero alacrán se fue infiltrando en nuestras vidas con su arsenal de cacería enviado a hechizar ciertos cerebros. Aunque, para ser honesta, Sonia nunca fue muy cuerda que digamos. Su cuerpo, como sin forma y sin espíritu, donde gobernaban unos ojos preparados para huir y confrontarlo todo al mismo tiempo, en grotesca sincronía con aquel modo de andar hacia la izquierda (que yo compadecía tanto), aparentando ser la continuación de algo nunca concretado por completo, pero tan dueña de un estilo peculiar de darle forma a la figura humana en clase de arte: brazos y piernas larguiruchas sobre troncos mínimos. Picos de pollo en vez de bocas que sabían hablar a pesar de su deformidad. Guantes rotos con enormes uñas declarando fugas en todas direcciones. En fin. Su conducta en general seguro ya dejaba mucho que desear desde pequeña. Un desequilibrio que acabó de dispararse sobre mí una mañana, en clases de español. La raíz de mi autoestima quedó marcada en un octavo de segundo, cuando, en un descuido, la muy locaza levantó mi enagua hasta la espalda y, sin darme tiempo a reaccionar, provocó que todo el mundo se burlara de mis sádicas bragas extra largas y extra anchas. Una crueldad por la cual jamás pidió perdón, aunque yo evitara hablarle un mes entero.

No, fatal. Tal vez esa tipa había perdido un pedacillo de cerebro desde entonces, pero de eso a contagiarse de una peste cerebral

donde los hemisferios brincan como masticados por hormigas Bulldog, ya era otra cosa.

Al principio hasta llegué a sospechar que el viejo la estaría arrasando por el vil mundillo de los estupefacientes. Luego me incliné a favor del vil hechizo. Evidencias sobrenaturales confirmaron mis presentimientos, cuando oí a Sonia hablar de enanitos con batas verdes que vivían en las cortinas de su mínima ventana; y también me echó un cuento sobre botánica, semillas sagradas y una idolatría que decía sentir por aquel ramo de flores coagulante de pupila, donde yo discernía algo fuera de serie, algo sin lenguaje para dar explicaciones.

Mis antenas y demás alarmas se prendieron al rojo vivo, incrédulas ante tal fascinación... ¿extraterrestre? Dios. Me habría cortado el pelo a rape y hasta media oreja con tal de contemplarlo a gusto. ¿Fenómenos paranormales? ¿Un encanto único en su especie? No sé. Es posible que mis ojos necios no pudieran ver lo que veían los suyos. Entonces no debería guardarle más rencor. Aquel trozo de materia sobre su mano de papel en blanco. Arritmias. Imanes que taladran las miradas. «Vámonos, Sonia. No seas idiota. Corre. Esa cosa huele a azufre». Aposté una uña y hasta una muela a que el diablo Henry le había dado aquello con algún insano fin. Tenían ojos. Ojos trasnochados. Lo juro por mi madre nunca vista. Y morían al amanecer. «Son solo mías, Mily», decía Sonia con su mente de rodillas, mientras yo intentaba sonsacarle pistas sobre su procedencia. Y al rato le pregunté si podía enseñármelas a mi abuela Greta. Y ella me pellizó. Por poco me arranca el brazo cuando le propuse vender aquellos monstruos en el mercado para hacernos ricos. «¿Qué te pasa? ¿Quieres que te aplique el candadito chino, eh? ¿No ves? Por tu culpa ya no quieren conversar». ¿Volveré a sentirme libre un día? Solo cuando pienso en mi Colonia Amador anclada en tantos años de supervivencia. En su brisa olorosa a golondrina, noches, aire y lluvias que se niegan a casarse con el cínico progreso urbano, pero continúan obsequiando sus fragancias que nacieron bajo el ocio de nacientes y montañas y celajes con sus

laberintos palo rosa para jugar descalza junto al cloquear de las gallinas y la cruda supervisión de mi abuela Greta. Tierra de escasos habitantes que supieron preservar cada paisaje de la contaminación humana, que se apreciaron y ayudaron mutuamente sin pedir nada a cambio.

Lástima, ahora ya no hay vacas, toros, ni chiquillos jugando entre los pastos. Ni siquiera un árbol donde pueda tambalearse a gusto una simple guacamaya; solo sobra indiferencia y carreteras con bullicios que me siguen despertando a media noche para recordarme el maleficio. Tun, tun. La celda número doce aún espera tu regreso. El espejo tiene boca grande. Habla: tu futuro es solo un duende sin cabeza, mamarracho en duelo contra tu presente. ¿O seré yo? ¡Fatal! Este pesimismo es una peste. La mesa de la abuela me obliga a reanimarme con su aroma a bizcochitos y a café recién colado y bienestar.

Como en casi todos los pasados, siempre hay espinas escondidas que sacar, lo cual no tiene por qué hacerte sentir como si hubieras saqueado un cementerio a media noche, aunque así mismo me sentí cuando ocurrió aquella ruptura de confianza entre mi abuela Greta y yo, aquel lunes seis de mayo a las cinco de la tarde. Simplemente así, sin anestesia ni rodeos, mi abuela decidió dispararme a quemarropa una salvaje confesión que me dejó en *shock*. Obvio, hay verdades que deberían ser enterradas para siempre; pero, ¿cómo esta? ¿Cómo esta, cuando desde siempre yo vivía mortificando a mi abuela por la ausencia de detalles que rodeaban mi microscópico árbol genealógico? Entonces... nada. De haber sabido... De haber... ¿Por qué obligarla a confirmar lo que yo tanto temía?

—Mira, mamita. Las mentiras apestan. Las verdades, por más agrias y grasosas que parezcan, siempre se conservan digeribles. Y la verdad sea dicha. No tienes a nadie más en este mundo que a mí: una sangre que aunque no es tu sangre es igual de tuya y santa para ambas sangres que se quieren y se necesitan en la vida, como pasaría con cualquier familia. Tú me entiendes.

La verdad, lapidariamente sí. Parecía el fin del mundo, del mío. Pero la angustia reflejada en las arrugas de mi abuela me dejó sin argumentos para preguntar más.

En diagonal a la casa de mi abuela Greta vivía Sonia, mi mejor «amiga», mi bestial enlace con el tal Henry. Casi todas las noches nos reuníamos en la raquílica banca de su casa de color crema, donde reíamos a reventar mientras chismeábamos, poníamos apodos a media humanidad, componíamos canciones y cantábamos piezas de Max, Rudy y Gabriel, inventando y reinventando edenes que no conoceríamos nunca. Aunque, francamente, yo siempre planeé y diseñé con optimismo mi futuro a sabiendas de poder llevarlo a cabo. Quizá porque mis ambiciones siempre fueron muy modestas. Claro. Cualquiera obtiene buenos dividendos cuando se anima a descubrir y a poner en práctica sus verdaderos potenciales, aun contra todos los pronósticos del entorno o la impaciencia.

La impaciencia nunca me ha ganado una partida. Nunca le he negado mi paciencia a nada ni a nadie. Al contrario, de lo único que me he sentido rica en este mundo es de paciencia, aunque lo infumable de mi relación con Sonia siempre fue aguantar su tren de quejas por las regañadas que le daba doña Lupe, su madrastra, una vieja neurasténica que al enviudar de su tercer marido decidió desquitarse las rabietas con su hijastra loca. Yo a ratos la odiaba, la temía y hasta a veces me daba lástima, porque padecía de hemorroides, úlceras en la piel y verrugas en la cara. Y le leía la mano a cuanto tonto le pagara por oír embustes.

—¿Quién se cree esa perra para tratarme así? —decía Sonia refiriéndose a la vieja.

—Cuenta. ¿Qué te ha hecho ahora? —respondía yo comiéndome las uñas.

—Léeme la mente, Mily. Es el colmo. Parece mentira, como si no supieras cuánto me aborrece. Dice que soy una putilla, que dejo todo medio hecho solo por punzarle el hígado. ¡Uy! Es que ya no la soporto. Un día de estos...

—¿Y esos golpes? ¿Ha sido la bruja, eh? ¿Se ha atrevido, la muy depredadora?

—¿Cómo se te ocurre? El día que esa momia me ponga una mano encima, te juro que le rompo la vida y me pierdo lejos, donde nadie vuelva a verme nunca.

—¿Y a dónde irías?

—Yo qué sé. Me meto a puta en el putero más perdido del planeta.

—¿Y lo del golpe?

—¡Qué necesidad! Toma. Mejor fúmate un puro y verás que sientes paz.

—¿Estás loca? Tira esa cochinidad antes de que te vea doña Lupe.

—¡Ay, gorda, ya! Relájate. Mejor vamos a comer marañones con azúcar.

Conversar con Sonia seriamente era una misión casi imposible, casi una violencia que yo debía confrontar con racimos de paciencia bastante desgastados por sus diarios apagones mentales. Pero aparte de eso, la verdad es que lo pasábamos muy bien pensando en ropas nuevas, maquillaje, música y platónicos amores que nos ligáramos aunque fuera en fotografía.

Dios mío, ¿por qué es tan «*dependible*» el destino? Dependiendo de la «*dependedura*» de donde dependen nuestras dependencias.

Yo quería ser diseñadora de modas y Sonia una megaestrella de *roots* y *reggae*. ¡Imbéciles! ¿Por qué no seguiríamos armando nuestro repertorio de chismes y apodos en vez de acudir a nuestra cita con el diablo? Y por supuesto, el aluvión de sobrenombres lo habría encabezado Susan, nuestra estúpida vecina y exclusiva propietaria de la reverenda lástima que nos obsequiaba al vernos. Una tipa con cuerpazo de modelo y lengua bombardera...

Sonia no era fea, solo creía serlo; aunque si alguien sabía sacarle chistes a sus semejantes dientes era Susan. «La resignación, cariño, es el único remedio para las que no nacieron mamacitas, como yo». ¡Diabla! Habría liquidado a un escorpión con su sádica ponzoña.

Ganas me sobraban para desarmarle la mandíbula, pero sabía muy bien que Sonia podría empeorar las cosas. Por eso prefería aconsejarla para que no barrierá el suelo con aquellas mechas de divinos rayos. ¡La habría matado! Cuando Sonia y yo hacíamos un pulso, hasta el codo me quedaba desahuciado un mes entero, y eso que era en broma.

Sábado cinco de febrero. Seis menos cuarto. Esa tarde en Amarantos no había ni un ratón recién nacido. Lógico, era la presentación de Rudy Scott. Magnífica oportunidad para lucir nuestras mejores galas. Por eso me preguntaba cómo Sonia no se sentiría incómoda andando en semejante facha, sin peinar y pintarrajeada como una mujercilla. Pobre. Su blusón celeste no estaba mal del todo, pero ese pantalón a rayas solo era un desastre sentenciado a vivir en la basura. No, fatal. Aunque peor eran los horrendos zapatillos rojos con tacón de aguja, haciendo piruetas increíbles para que alguien los llevara a la pista. Aunque a Sonia no le habría importado lanzarse a bailar en solitario, o dejar sin pareja a otra muchacha en un mínimo descuido; naturalmente, bebiéndose una cerveza a morro, con su original estilo.

¡Qué bochorno! Debo confesar que estoy sudando. Soy tan dueña de un caparazón tan ruin, que ahora dudo ochenta veces antes de ponerme a describir detalles del ayer y de este hoy, donde siempre acabo abofeteando el mismo espejo. Entonces, ¿será el momento adecuado para resignarme a resolver el universo de ecuaciones retoñadas cuando alguien nos sacó a bailar y empezamos a contorsionarnos como electrizadas por el sanguinario maleficio?

Llegamos. Siento el golpe de un espejo en toda mi cara, apenando mi barato maquillaje. Limpio pronto la anatomía de mi indefensión y avanzo a empujones, rompiendo el puente creado por la sustancialidad de otros ojos que no miran, pero escrutan. Y recuerdo con vergüenza que no me puse ni desodorante.

La muerte solo era un camaleón, un cumplimiento que se empleaba a fondo para precipitar nuestra desgracia. El tren de los infiernos nos envuelve en su lenguaje chabacano, demoledor, al amparo indoloro de un ataque de risa o de pánico. Fatal. Yo colma-

da de musas y perfume *Yes*, ondulando en un dichoso trance entre chispazos de *reggae* y *hip hop*, apenas medio eché un vistazo al tipo que venía con Sonia. Me llamaron la atención sus tontos pasos, su encorvada espalda... Un cuarto de segundo no parece suficiente para reconocer al diablo.

El baño del Amarantos da a un camino muy sombreado que parece succionarme en sus cavernas; en el centro de la pista un grupo de muchachos desenfundan sus miradas hacia mí, mientras animan al de gorra blanca para que me saque a bailar. Letal. Letal. No sé cuál de todos esos ojos me calienta más la cara. Pero qué maravilla de pachanga. No hay risa sin llanto. Mi pareja de baile parece entusiasmado, pero mi timidez descomunal me impide acercarme más, hasta que la música se pone peligrosa y él me muestra su sonrisa guerrillera. Me atrapa entre sus brazos, me domina y me dice que se llama Luis. Él y yo conectándonos de pronto a una balada que nos pone a jugar con nuestras ansias, unas ansias que me abrían por fin los ojos para escudriñarlo a gusto, sin límite de tiempo. Tiempo. ¿Se habría trastornado incluso el tiempo? ¿Le habría caído la maldición del brujo con certera puntería? ¿Por qué no? Definitivamente, sí. Todas mis acciones en el agridulce trance se movían como una resistencia única, un truco donde solo nuestros besos seguían clavados a la pista y a las luces de Amarantos. Tic, tac. Estallan los oleajes del reloj. Anuncian nuestro pase hacia el patíbulo. Abro un ojo y siento que agonizo, como quien perfora un hueco bajo el hielo y comienza a respirar pidiendo auxilio. Ya no hay música romántica. Él va por un refresco y yo me muevo entre secuencias que me hablan de muñecas semihumanas lloriqueando en un ropero hecho de plantas carnívoras. Doy tres pasos. Me aburro. Busco un baño. Me muevo entre cortinas de mi tiempo que respira en otro tiempo y me apunta con un dedo con olor a profecías y a cerveza derramada. No puedo respirar. Me asfixio. Miro para todos los lados. ¿Dónde está Sonia? Seguro que se ha metido en un montón de líos. Debo encontrar aquel ropero y a la muñeca refundida en seres comecarne. Debo transformarme en

un constante faro de grandeza, desplazándome a la velocidad de una luz que nunca se consume. Creceré cual llamarada. Me voy sin despedirme. Luis me llama. Yo me alejo. Estúpida loca. Estabas ya metida en el principio. ¿Qué hiciste? ¿Conectándote con el destripador de nuestros días?

Serían más de las ocho cuando empecé a buscarla hasta por debajo de la alfombra. Primeramente en los alrededores de la pista, luego en los servicios sanitarios. Estuve hasta tentada a entrar en la cabina para detener la música. No me atreví, y un muchacho de bigote pálido y mirada lujuriosa me invitó a bailar. Di media vuelta y la seguí buscando. Eché un último vistazo en los baños de hombres; después salí. Nada, ni un mínimo vestigio de su paradero.

¡Qué horror! Resulta hasta patético lo eficaces que pueden ser los nervios para dejarte sin ideas. Tiemblo. Salgo a inyectarme un poco de aire. Respiro. ¡Ey! Tengo miedo. Debo sacar provecho de mi regio pánico, que es un asco. Y ese asco llega hasta los pies para salir rodando y formar dos grandes huellas en el polvo: son las mías, que avanzan con paciencia entre el bullicio y mi angustia y reflexiones, mientras al fin encuentro a Sonia conversando con unos abuelitos.

Oh, por Dios. Mi antena especial para detectar tragedias se elevó hasta el quinto cielo. ¿Quiénes eran esos? Exóticas reliquias que desentonaban con nuestro glorioso mundo. ¿Padres en busca de sus hijos mal portados? ¿Momias escapadas del manicomio? «Se les va a caer el marcapasos», fue lo primero que pensé al verlos coquetear con Sonia sin el mínimo complejo.

Permanecí inmóvil cien segundos, tan sorprendida como quien ve pasar a un cocodrilo en patinete. ¿Qué tema de conversación podría tener una chiflada con esas cacatúas? Pero ahí estaba ella con su rítmico cinismo, pelo corto, alta, terca, flaca y de lo más campante naufragando en las celadas del cazador, alias Henry: un zar de la mafia más sangrienta y dueño de un sarcasmo abominable y casi claro, espiritual y espeluznante. Dientes fumadores, barba indecente, y un *look* estrambótico de tirantes y camisa de color

marrón, tan marrón que me dejó mareada. Su cabeza parecía deforme, como salida de un cuaderno de dibujo enmarañado hecho por Sonia, y yo pensé que nada bueno podía salir de semejante caricatura. Noté sus joyas y al instante me transmitieron mil premoniciones con alarmas encendidas. «Fatal. Esta loca ya le hace numeritos al dineral del viejo», pensé, así, con más pena ajena que resentimiento. Y a la primera impresión se le agregaron otros elementos indeseables, el del magnífico peligro, el de lo brutalmente insalvable, porque ya besaba a Sonia como si fueran amantes, a ella, que decía ser la mujer más selectiva del planeta en cuestión de hombres. ¡Ja! Como mínimo le calculé sesenta al viejo: una pasa disfrazada de uva verde que hedía a talco para perro. No, a lo que realmente apestaba era a trampa para bobos, a barata estratagema. Y esa bruta excediéndose en simpatía para ligarse a semejante momia. Quién sabe cuántas pócimas le había dado ya a beber. ¡Alto ahí, loca! Estás a punto de ingresar en el laberinto come-carne y firmar el pacto con nuestra desgracia. Es satán. ¿No lo ves? Títere en tercera dimensión.

—¡Sonia! ¿A dónde vas con esos viejos? ¿Qué te pasa? ¿Estás borracha o qué? —le dije al oído, entre furiosa y convincente—. Mira la hora. Deja de hacer el papel ligándote a semejante caricatura y vámonos a casa.

—¡Qué cruz con esta tipa, eh! —respondió ella empujándome con fuerza de bestias enjauladas—. ¿Sabes qué? Mejor lárgate sola, si te da la gana.

Los viejos se acercaron con una mueca despectiva y me invitaron a dar una vuelta por el barrio en aquella joya último modelo, después retrocedieron un centímetro para iniciar tal escrutinio que iniciaba en la punta de mi oreja hasta perderse en mis rollizas piernas. Momento de meterles un pellizco a mis neuronas. Quedarme muda sería como aceptar cualquier pacto satánico.

—No, gracias. No podemos. Mi padre está a punto de venir a buscarnos —dije sin miedo, sintiéndome heroína por tratar de asustar al abuelo de los dinosaurios, y también por haber hablado

sin que se escuchara el castañeteo de mis dientes, creo. Pero no hubo caso, la muy bruta seguía coqueteando con el vampiro chupasangre. Después sacó un encendedor y un paquete aplastado de cigarrillos del fondo de su bolso y prendió uno en la boca del anciano.

—Tu seriedad me confunde, cachorrita. Seguro que no has conseguido novio, ¿eh? —me dijo el buitre a quemarropa, intentando tocarme el cuello.

Patética, solo preferí abofetear con mi silencio al pervertido, sintiéndome fatal ante las burlas de la gente que presenciaba aquel bochorno. Me metí en la boca un chicle ácido. Saqué lápiz y libreta y dibujé algunos garabatos. Miré el reloj sesenta veces. Anoté la placa del automóvil y los nombres que decían tener los criminales. Beso y beso. Risa y risa. ¡Ya! Quiero irme. Quien por gusto muera que lo entierren de pie, ¿no? Ella se lo busca. ¡Qué se joda! Dios, ayúdame. Mejor me largo. ¡No! Soy su único salvavidas. Contaré hasta cien, o quizá llegue a quinientos. Pasarán como diez minutos antes de que, doblegada por el escozor de mis impulsos, agarre a Sonia de la blusa para hablarle aparte, pero ella forcejeará conmigo como una mula. Y el viejo empezará a hablarme ya en otro tono:

—¡Ey! ¡Cálmate! No te pongas espesa. ¿Por qué no te largas y dejas a tu amiguita en paz? —dijo el muy puerco casi escupiéndome en la cara.

La antipatía fue recíproca desde el primer momento. Con su perenne cara de charlatán que echaba eructos y escupía al suelo a cada momento, el tal Henry me presentó a un tipillo mucho más arrugado que mi abuela. «Púdrete, vejete», pensé.

—¡No estoy hablando con usted, señor! —respondí bañada en rabia. Y ni siquiera había empezado a calentar la lengua, cuando mi sabihonda amiga interrumpió.

—Léeme la mente, Mily. ¿Quién te crees para darme órdenes? Te vas ya o te rompo todos los cachetes —y echó a andar así, de la mano del diablo, contoneando sus caderas hacia aquel carrazo azul mientras yo me tragaba mi reguero de bilis. ¡Bestia! Me hubie-

ra gustado tomarle una foto para que viera lo ridícula que se veía junto al viejo y después lavarle el coco hasta sacarla del horrendo error. Preferí decirle:

—¿Sabes qué? Pues sí. Yo no seré nadie, pero puedo contárselo todo a doña Lupe. A ver cómo te va —le grité, di media vuelta y eché a correr como picada por avispas. Y entonces, gol. ¡Gol, gol, goool! Hasta al diablo le anoté un golazo tan brillante que parecía de mentira. Mi turno de darle su merecido al cachudo había llegado, aunque esa mirada de cuchillo todavía me produce pesadillas.

Sonia hizo un gesto criminal y su mente rica en disparates me insultó y me zarandó y la obligó a emprender el viaje a casa aunque fuera a regañadientes. ¡Sí! ¡Gané! Aunque yo ya presentía que solo se trataba de un primer asalto. La lucha continuaría hasta el doceavo asalto, golpe a golpe, campana tras campana, caídas y regresos al sangriento *ring* donde solo medías el terreno, don crimen, como analizando mis probabilidades de ganar. Me dejaste ganar. Después diste la vuelta con tu tribu de chacales, largándote en tu fascinante descapotable azul.

Los reproches y rabieta que me vi obligada a soportar mientras llegábamos a casa bien valían la pena. Cualquier cosa era mejor que dejar a esa chiflada entre las fauces del tiburón. Vaya suerte la mía. Me unté de estiércol de caballo hasta los talones. Medité por un instante en lo acontecido, si estaría en lo correcto al inmiscuirme tan celosamente en vida ajena. Buen tema para discutirlo luego. Contemplaba un gran manchón de cloro vengativo burlándose del pantalón de Sonia, las suelas de los zapatos desgastadas, los tacones hechos polvo, disparatadamente rojos y cargando dos huesitos que rabiaban por ganarme el viaje a casa. Pero al momento ella se giró para encararme, con tal violencia que pensé que me iba a asesinar. Pero solo dijo: «¿Sabes qué, gorda? Ya sé. Solo estás picada porque no has encontrado un tipo así de rico. ¡Robanovios! Me lo querías quitar, ¿verdad? Bien que te cuadró el tipo. Ahí mismo te lo querías apretar. ¡Qué bruta! Siempre jugando de extravirgen y guapísima y no te ves esas nalgas que a duras penas te caben en el

pantalón. Y esas dos patotas que hacen juego con tu gran nariz de ayote. Mírate. Le quedaría grande hasta a un tapir».

¡Ja! Que me insultara y se quedara con su puerca momia con permiso de panteonero, quise decirle, pero mejor me callé. Al rato le pregunté si al llegar a casa nos pintaríamos las uñas con esmaltes escarchados, pero ella no me respondió. Está bien. Tal vez exageré un poco. Pero, ¿qué se había creído, si la única con derecho a estar furiosa era yo?

